

La horda humana prehistórica

Valéry Renault, IFEPP
valery.renault@gmail.com

De todas las elaboraciones teóricas freudianas, una de las más notables es el concepto de identificación primordial con el padre de la prehistoria personal. Esta idea fue enunciada por primera vez en *Tótem y tabú* (1913) y retomada en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921). Es a la vez enigmática y central.

Este desarrollo de la teoría freudiana es enigmático desde la perspectiva de una pregunta: ¿qué pudo llevar a Freud a asignar una importancia tan grande a una idea, una casi especulación, que ocupa un lugar modesto en los escritos de Darwin y una posición completamente marginal en la literatura antropológica de su época, estando presente únicamente en las obras de J. J. Atkinson y Robertson Smith?

El enigma reside en gran medida en la centralidad que Freud otorga a esta especulación en el andamiaje teórico del psicoanálisis. El concepto es central en al menos dos líneas de pensamiento.

1. Esta elaboración representa, de manera bastante ejemplar, un importante apuntalamiento epistemológico de toda la teoría freudiana: la idea de que el desarrollo del individuo humano, primero embriológicamente y luego por extensión psíquicamente, es una recapitulación abreviada del desarrollo prehistórico de la humanidad. La famosa idea propuesta por Darwin y sistematizada por Ernst Haeckel de que la ontogénesis es una recapitulación de la filogénesis. En la época de Freud, ésta era la doxa científica, o al menos se podía suponer a finales del siglo XIX y principios del XX que los posteriores avances del conocimiento en antropología cultural confirmarían este paradigma. Pero no fue así. Sin quedar completamente invalidado, este paradigma se ha relativizado. De ser una regla general y universal, como la concebía Haeckel, ha caído al rango de un fenómeno

biológico que sólo puede observarse local, parcial y condicionalmente. La pregunta que podemos plantearnos con razón es la siguiente: ¿este cuestionamiento de uno de los fundamentos del edificio conceptual freudiano es tal que pone en tela de juicio el propio edificio, en algunas de sus partes, o incluso en su conjunto? ¿El edificio, privado de sus cimientos, está condenado a derrumbarse, o se apoyó desde el principio en algo distinto de la verdad científica que ahora se pone en tela de juicio? Dejemos esta cuestión en suspenso por el momento; volveremos a ella más adelante.

2. El mito del padre de la horda prehistórica es también central en el sentido de que Freud lo utiliza no para situarlo en un punto cualquiera del desarrollo, ya sea onto o filogenético, sino precisamente en el punto de origen. Es un mito originario, un mito de los comienzos. Es el origen de la sociedad humana tal como la conocemos, basada en la asociación de los hermanos y en la mediación de la ley. Antes de eso, sólo Dios sabe lo que hubo, aún no había comenzado el tiempo histórico. El origen (del mundo, de la vida, del lenguaje, el origen de la Ley o el origen de la prohibición del incesto) es por naturaleza muy difícil de encerrar en las redes de una serie de representaciones. ¿Qué había al principio? Una respuesta provisional a esta pregunta sería decir: al principio, había un *decir* sobre los comienzos. Esta es la dirección que Freud parece haber tomado con el Hombre de los Lobos, diciéndole: *En una fecha temprana y muy precisa, rastreable en tu historia, presenciaste el coitus a tergo de la pareja parental y este acontecimiento se inscribió en tu psiquismo. Esta inscripción ha permanecido inalterada, aislada, sin posibilidad de vincularse a otras representaciones, y eso es lo que te está enfermando.*¹ Demasiada proximidad al origen, en este caso a lo que Freud llama la escena original, pone en jaque la mediación del lenguaje.

La cuestión de los orígenes no es sólo una especulación teórica; también tiene implicaciones clínicas. Elucidar un síntoma significa remontarse a sus causas. El propio psicoanálisis se consagra por entero a esta tarea de desentrañar las formaciones del inconsciente y tratar de captar la historia del sujeto desde el punto de origen. Las famosas «teorías sexuales infantiles» de las que conocemos la importancia que les dio Freud en

1 Freud, S. “De la historia de una neurosis infantil” (1918), en *Obras completas*, XVII, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008), 29-46.

cuanto a la etiología de las neurosis, son especulaciones teóricas que, por muy erróneas que las juzguen los adultos, que tienen sus propias teorías sobre el tema, son notablemente coherentes en cuanto al enfoque, la direccionalidad del interrogatorio, organizado en torno al misterio central: «¿De dónde vienen los niños?

Estas teorías de la infancia son, en cierto modo, malas respuestas a una buena pregunta, y desde que dejamos de tener cinco años nos han contado toda una serie de cosas más o menos elaboradas para corregirlas y dar por fin la respuesta correcta a esta buena pregunta. Una narrativa organizada, calificada de «científica», aunque no siempre tengamos una definición clara de lo que significa científico, lleva tiempo circulando por el mundo humano. Nos asegura, con la autoridad que pretenden conferir los hechos objetivos, que la unión de dos células germinales, una llamada óvulo y la otra espermatozoide, a través de un complejo proceso de meiosis durante el cual se duplica y recombina una determinada cadena molecular llamada ADN, da lugar a la formación de un único individuo. ¡Un caso muy curioso en el que las matemáticas dicen que $1+1=1$! Es cierto que esta teoría es un poco más brillante que la teoría cloacal, y es muy posible que así funcionen las cosas desde un punto de vista descriptivo, pero perdón... es un gran paso decir que la cuestión de los orígenes está indiscutiblemente zanjada por esta historia de los gametos, y este paso pretende cruzar un abismo. Ofrecer una descripción detallada de los mecanismos de la vida no equivale en absoluto a decir qué es la vida. La cuestión de los orígenes es, por su propia naturaleza, una cuestión abierta, pero cuyo enorme agujero nos incomoda hasta el punto de que es fuerte la tentación de declararla cerrada, un punto en el que nuestro cuestionamiento no alcanza la calidad y el rigor del cuestionamiento infantil. Los recursos que utilizamos para obtener una respuesta cambian de nombre con los tiempos: mitos, religiones, ciencias son sustituciones que desempeñan el mismo papel desde a este respecto : permitírnos seguir con nuestros quehaceres cotidianos escapando a la atracción del abismo.

Entonces, ¿cuál es la lógica del mito científico del padre de la horda de Freud? Permite descomponer el problema del origen en diferentes niveles: el origen de la organización social, el origen del totemismo y de la religión, el origen de la prohibición del incesto, el origen de la ley, y también el origen del lenguaje. Se permite hacerlo a lo largo

del eje filogenético y paralelamente a lo largo del eje ontogenético en forma de acontecimientos inscritos originalmente en el inconsciente.

En el plano del mito, el padre de la horda no necesita el lenguaje para asegurar su dominación. Los leones hacen lo mismo y no necesitan legitimar su poder recurriendo a un discurso. Tampoco es absolutamente imprescindible para que los hermanos organicen su conspiración. El lenguaje, en cambio, es indispensable para la instauración de la ley. El lenguaje es la ley, la ley está hecha de lenguaje, y la ley debe penetrar en todos, en forma de articulación simbólica, para ser la ley. El mito nos da una idea del curioso movimiento que da vida al lenguaje y a la ley. Cuando el padre domina, no hay ley en el sentido simbólico, sólo fuerza física unida a fascinación imaginaria. Si los hijos se ponen de acuerdo para poner fin al reinado del padre, es muy posible que recurran a las mismas dos palancas: la fuerza física y el sometimiento imaginario. El asesinato, en cambio, cuando se produce, o después de haberse producido, o en el acto mismo de cometerse, se convierte en crimen. La calificación de crimen sólo puede existir a los ojos de la ley, residiendo la paradoja en el hecho de que en el momento de cometerse el crimen, la ley aún no existía como tal, sino que nació de él. La ley recién instituida convierte el acto que se acaba de cometer en un crimen *a posteriori*. El acto se convierte en delito porque la ley se invita a sí misma en el acto. La ley es generada por su propio traspaso, su propia subversión. Todas estas son fórmulas que intentan dar cuenta de una simultaneidad paradójica en el *a posteriori*. Este crimen es el primero de la historia, y la ley también está ahí para garantizar que será el último, con el corolario de la prohibición del incesto a la prohibición del parricidio. El asesinato que da origen a la ley, o la ley que transforma un cambio del balance de poder en un crimen, es un acto psíquico original, tanto individual como colectivo. El acto de asesinato es simbolígeno, y sólo puede concebirse como acto si la capacidad simbólica ya está presente, aunque sólo sea en gesto.

Eso dicho... ahora matar está prohibido, o sólo se ritualizará. En el futuro, este acto sólo se llevará a cabo bajo toda una serie de restricciones y limitaciones, plazos y discursos, es decir, de un modo enmarcado por la ley. Cada nuevo acto, cada nuevo asesinato, cada transgresión de la ley así establecida tendrá por efecto reactivar en el inconsciente las

inscripciones originales del primero de todos estos actos, el crimen fundador de la ley. La ley está escrita en la sangre y con la sangre para evitar la sangre. La ley es el resultado de un acto ambiguo, ya que es un acto a la vez destructor de vida y creador de símbolos.

Poco después de promover el mito del padre de la horda como mito originario, Freud enunció el concepto de represión originaria. Apareció primero en el artículo *La represión* (1915) y luego en el de *Lo inconsciente* (1915) y fue reelaborado más tarde en *Inhibición, síntomas y angustia* (1926). En la sociedad humana, está prohibido dar rienda suelta a los propios impulsos, ya sean sexuales o agresivos, en virtud de la represión, cuyo mecanismo fue formalizado por el estudio de la histeria a principios de la década de 1890. Esta represión es a la vez individual y social, pero lo individual se considera como una interiorización de lo social. Es bajo la presión del exterior, de sus educadores en primer lugar, y luego de sus intermediarios en la sociedad, que el pequeño hombre acepta o se ve obligado a reprimir ciertas exigencias pulsionales. Es una ganancia para lo social, hace posible la convivencia, pero también puede enfermar, y es precisamente en este punto donde el psicoanálisis es convocado, o donde se ha establecido, primero como clínica individual y luego como instancia de crítica social.

Antes de que Freud enunciara el concepto de represión primordial, en una época en que, en la teoría aún en construcción, sólo existía la represión que más tarde se llamaría secundaria o propiamente dicha, era posible abogar por una disminución o relajación de la represión, es decir, de la coacción social. Un texto como *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna* (1908) da testimonio de ello. La sociedad impone exigencias al individuo, pero estas exigencias, como demuestra repetidamente la clínica, son demasiado restrictivas. Si fuera posible aliviar estas restricciones, el individuo estaría sin duda mejor y viviría una vida más plena. Sus impulsos encontrarían satisfacción de maneras menos difíciles. El psicoanálisis, tras haberse desarrollado a la cabecera del paciente individual y haber hecho de él el sujeto del inconsciente, dice ahora lo suyo sobre lo social. Se adentra en el terreno de la política, es decir, en el problema irresuelto desde la noche de los tiempos: «cómo vivir juntos». Otra buena pregunta a la que la variedad de respuestas sólo ofrece soluciones parciales y poco sólidas. En 1908, Freud señaló que tal vez reprimíamos

con demasiada violencia. El ideal que emerge en el horizonte es una sociedad libre de represión, o al menos una en la que la represión pueda ser controlada y modulada mediante decisiones conscientes, concertadas e ilustradas. El punto de fuga aquí no es hacia supuestos orígenes, sino hacia fines deseados. Freud es aquí revolucionario, quizá menos por el objetivo en sí -la proyección hacia la mejora razonada de la sociedad ya existía en la literatura desde hacía varios siglos- que por su planteamiento rigurosamente científico. Pero una vez que hemos abrazado la lógica del pensamiento freudiano, podemos caer en tentación, según el movimiento inherente a toda revolución, de ser aún más revolucionarios que el iniciador y pensar más allá por el camino que él indica.

El problema de una sociedad sin represión es que es muy difícil de formalizar. Una ley que fuera transparente para todos, legible e inteligible en su totalidad, libremente aceptada y aplicada por todos en un ambiente de armonía social, es una ficción, una de esa clase de ficciones conocidas como utopías. Es, paradójicamente, el sueño de todo Estado policial o totalitario. Si el paso de la utopía a la distopía es tan fácil, y pueden encontrarse ejemplos de ello tanto en la historia como en la ficción, es sin duda porque son extrañamente similares. Lo que ambas tienen en común es que proponen un modo de vida regido por la presencia de un padre lejano, no sólo no asesinado sino tampoco castrado, supuesto autor de la ley, sabio omnisciente que ejerce un poder desenfrenado. Una variante contemporánea de esta posibilidad es la perspectiva del goce sin trabas de los algoritmos, un mundo virtualizado donde todo es posible pero donde nada está permitido en última instancia, un mundo donde todo está aplanado, donde la ley pretende recubrir la percepción. Es una ley que estaría exenta de la dimensión del deseo, una ley inmediata, sin el inconsciente y sin la pulsión para establecerla como formación de compromiso, como síntoma. Sería una ley sin sangre, una ley muerta, una especie de muy mala respuesta a una excelente pregunta, una respuesta que cierra la posibilidad misma de encontrar el camino de vuelta a la pregunta original, la del crimen. Ahora bien, si para Freud el padre está muerto porque fue asesinado, la ley que surgió de él está viva. Vive en cada uno de sus descendientes y son ellos quienes le dan vida.

¿De qué manera la introducción de la idea de represión originaria cambia la situación y nos ofrece un nuevo punto de apoyo? Si la represión no puede ser suprimida (y ciertamente lo habría sido si hubiera sido posible, a lo largo de los milenios de historia humana), es porque forma parte ontológicamente del ser humano. Es originaria, constitutiva y necesaria. Freud, y Lacan siguiendo a Freud, en realidad dicen muy poco sobre su naturaleza, mientras insisten en su carácter ineludible desde el punto de vista teórico. Así lo «supone» Freud en el artículo sobre la represión: «tenemos razones para suponer una represión primordial»² ¿Cuáles razones? Freud no es muy explícito al respecto, pero esta suposición necesaria es un ejemplo típico del rasgo característico de la cuestión de los orígenes que sólo surge, sólo adquiere el carácter de piedra angular, *a posteriori*, en una fase relativamente tardía del desarrollo del discurso. El discurso psicoanalítico se encontraba ya en una fase avanzada de florecimiento cuando Freud enunció la necesidad de esta llamada represión originaria.

El concepto de represión originaria está directamente ligado a la cuestión de la constitución del inconsciente, y cabe preguntarse qué ocurre exactamente en este punto. Freud, sin tomar una decisión tajante sobre el problema, parece sin embargo avanzar en la dirección de que la represión originaria es independiente del superyó, es decir, de lo social interiorizado. En *Inhibición, síntomas y angustia*, dice: «la mayoría de las represiones con que debemos habérmolas en el trabajo terapéutico son casos de “esfuerzo de dar caza” {“Nachdrängen”}. Presuponen *represiones primordiales* {Urverdrangungen} producidas con anterioridad, y que ejercen su influjo de atracción sobre la situación reciente. Es aún demasiado poco lo que se sabe acerca de esos trasfondos y grados previos de la represión. Se corre fácilmente el peligro de sobrestimar el papel del superyó en la represión. Por ahora no es posible decidir si la emergencia del superyó crea, acaso, el deslinde entre “esfuerzo primordial de desalojo” {“Urverdrangung”} y “esfuerzo de dar caza”. Comoquiera que fuese, los primeros -muy intensos- estallidos de angustia se producen antes de la diferenciación del superyó. Es enteramente verosímil que factores cuantitativos como la

2 Freud, S. “La represión” (1915), en *Obras completas*, XIV, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008), 143.

intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección antiestímulo constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales.»³

Es posible formular la hipótesis de que las represiones primordiales se producen a lo largo de la primera infancia y constituyen el material mismo de las fantasías primordiales. Son inaccesibles al sistema preconscious y se mantienen inalterables en el inconsciente. A este material sólo se puede acceder indirectamente a través de sustitutos o retoños.

Lacan, por su parte, retomó este concepto freudiano de represión originaria y lo hizo corresponder a la constitución del inconsciente y del lenguaje como cadena significativa. La característica del lenguaje es que combina la ausencia del objeto con la presencia de la palabra. «Por la palabra que es ya una presencia hecha de ausencia, la ausencia misma viene a nombrarse en un momento original (...). Es el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas»⁴. Según Lacan, el lenguaje significa la pérdida irremediable del objeto. La represión originaria equivale a una inscripción del objeto perdido en el inconsciente, por medio del lenguaje. La palabra es el asesinato de la cosa, y es también el recuerdo de la cosa asesinada, el modo de su permanencia más allá de su ausencia. La represión originaria concierne al objeto, que se pierde y sólo sobrevive como huella. El lenguaje designa siempre una falta, una ausencia, una pérdida, la pérdida del origen.

Es aquí donde podemos pensar la función del mito del origen como posibilidad de jugar con el reprimido primario. Veamos las definiciones: Según Levi-Strauss⁵, el mito se define como todas sus variantes. Entre todas las variantes conocidas de un mismo mito, no hay una que sea la más auténtica, la más cercana a la versión verdadera, en relación con la cual todas las demás versiones son meras adulteraciones. El mito es, por el contrario, todos los procesos por los que una misma historia se transforma en el espacio o en el tiempo. Esta definición postula la estabilidad de la estructura de esta narración (en el sentido de las relaciones internas que la componen, pudiendo variar únicamente las figuras y los

3 Freud, S. "Inhibición, síntoma y angustia" (1926), en *Obras completas*, XX, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008), 90.

4 Lacan, J. « Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis » en *Escritos I*, trad. Tomás Segovia (México: Siglo XXI, 2009), 211.

5 Levi-Strauss, « La estructura de los mitos » en *Antropología estructural*, trad. Eliseo Verón (Barcelona: Paidós, 1987), 229-252.

elementos constitutivos). Así pues, pongamos en juego el mito de Freud y propongamos variaciones que serán otros tantos presentimientos, articulaciones de ese originario reprimido que se ha perdido para siempre pero que, sin embargo, sigue presente y activo a través de las huellas que quedan de él. En la práctica psicoanalítica con pacientes, es necesario repetir un mismo contenido un gran número de veces para que el sujeto pueda apropiarse de los diferentes significados. Del mismo modo, el mito como concentrado de significantes elementales organiza una representación narrativa de lo irrepresentable, de lo originalmente reprimido. Veamos entonces cómo esta fábula filogenética puede resonar con la ontogénesis, es decir con la clínica. Esta historia en constante evolución siempre remite a una nueva versión posible, a una nueva manera de enmarcar o abordar lo irrepresentable.

- El padre es pues omnipotente y puede matar a sus hijos que son todavía niños o se han convertido en adolescentes. En este caso, no les dejará ninguna huella psíquica. Sin embargo, advertidos de este deseo infanticida, pueden decidir huir y formar una sociedad donde vivirán en una homosexualidad forzada, unidos por el deseo común del parricidio. Este estilo de vida puede ser un caldo de cultivo para la paranoia, así como para todas las sublimaciones imaginables.
- En lugar de matarlos, puede decidir castrarlos para que ya no representen una amenaza para él, condenándolos así a no aventurarse nunca fuera del círculo de la relación con la madre.
- No todos los hijos tienen la misma edad y el padre no tiene la misma edad para ellos a la hora de enfrentarle, lo que pone en cuestión la idea de la omnipotencia paterna. Un padre envejeciente (como el de Freud) tiene todos los motivos para vivir en la angustia, en concesiones, en negociaciones, en particular con el hijo percibido como el más fuerte, para favorecerlo en detrimento de los demás y para querer iniciar con él una transmisión cultural de acuerdo con una ley naciente. La lucha de vida o muerte aquí se transforma en una lucha por la preeminencia en el discurso.
- En el escenario del asesinato colectivo concertado, no todos los hijos tienen la misma edad ni la misma fuerza. El ideal de igualdad entre hermanos

pronto tendrá que enfrentarse a las inevitables luchas de poder por la administración de la sociedad y por la posesión de las mujeres.

- ¡Mujeres, precisamente! Ausentes como sujetos en la versión del mito que enuncia Freud. Tampoco están todas en igualdad de condiciones. Se pueden asumir todos los juegos políticos clásicos sobre quién es la favorita, la más influyente, quién protege mejor a sus hijos y qué lugar reserva para el padre en su discurso hacia ellos. Tampoco hay ninguna razón por la que no podamos imaginar que una madre viril pudiera derrocar al padre o tomar su lugar en una especie de regencia de la horda. ¿Podemos llegar a pensar que detrás del padre que se ha vuelto muy pequeño se esconde la presencia inquietante de una inmensa vagina prehistórica?

- Un padre que fuera pura brutalidad sin alma sería imposible de amar e idealizar, así como lo sería su opuesto, un padre demasiado débil e incapaz de proteger a la horda. Sería difícil comprender la culpabilidad de los hijos después del asesinato, difícil comprender cómo su memoria pudo sobrevivir a su existencia biológica y cómo su nombre y la veneración de su nombre, el nombre-del-padre, pudo ser elevado al rango de tótem y organizador central de la vida psíquica.

Tantas variantes del mito antropológico que son otras tantas variantes de las posibles orientaciones subjetivas en relación a lo real y que nos dan una comprensión de situaciones pertenecientes a la esfera clínica. Estas variantes son sólo una visión general y es necesario enriquecerlas con muchas otras para que este mito filogenético de Freud encuentre su punto de anclaje en la historia individual, para que las fantasías originales puedan finalmente decir de qué huellas están hechas, incluso si el acontecimiento nunca existió y para que puedan hablar de una manera un poco menos indirecta que a través del síntoma.

Al mismo tiempo, podemos ver que lo mítico aquí no es sólo la historia del banquete totémico presentado por Freud, sino también gran parte de su base epistemológica. La teoría de la recapitulación ya no se reconoce hoy en día como científicamente relevante, al menos en la formulación dada por Haeckel. Se puede suponer que Freud ya percibió su fragilidad en 1916 cuando decidió no publicar su *Panorama de*

las neurosis de transferencia, obra cuyo contenido se basaba en gran medida en esta hipótesis. ¡Aun así se autorizó la fantasía de escribirlo! Aunque estaba más preocupado que nosotros por la veracidad histórica de su mito del padre de la horda prehistórica, parece que ése no era el punto esencial. ¿No deberíamos buscar la base de todo esto allí donde el propio Freud sitúa la originalidad del psicoanálisis en oposición a la filosofía, es decir, en el lado clínico? ¿Cómo se puede acceder al mundo fantasmático y a las fantasías originarias de un paciente, si no es en el espacio transferencial, pasando por las fantasías del analista, como medio para relacionarse? Si estas fantasías implican una reconstrucción antropológica, tal vez sean menos valiosas por esta reconstrucción en sí, que puede resultar errónea, que por lo que esta reconstrucción nos permite lograr, siendo el objetivo clínico e individual.

Porque desde un punto de vista individual, ¿qué sería un mundo sin mitos? Un mundo donde las fantasías originales no serían apoyadas, organizadas por el lenguaje y traducidas por él. Se verían así obligadas a aparecer en lo real. Esta es, sin duda, una posible dirección para intentar comprender lo que ocurre en la psicosis así como en las famosas “nuevas patologías”. Un mundo donde el padre ya no es un padre muerto sino que simplemente nunca existió como padre porque la madre, en su discurso, nunca le proporcionó un lugar donde pudiera existir. O, por el contrario, un mundo donde el padre está siempre allí, eternamente vivo y omnipotente, para siempre no castrado por la razón de que la madre nunca indicó que el estaba sujeto a castración. ¿Qué sustituye entonces al padre muerto de la horda prehistórica, sino una horda humana ahistórica, caóticamente pulsional, violenta, perversa y eternamente traumática?

Bibliografía

- Atkinson, J. J. *Primal Law*, incluido en Lang, A. *Social Origins* (London: Longmans, Green and Co, 1903)
- Darwin, C. *El origen de las especies por medio de la selección natural*, trad. Antonio de Zulueta (Madrid: Calpe, 1921)
- Darwin, C. *El origen del hombre*, trad. Joan Domenec Ros (Barcelona: Crítica, 2009)
- Freud, S. “La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna” (1908), en *Obras completas*, IX, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008)
- Freud, S. “Totem y Tabu” (1913), en *Obras completas*, XIII, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008)
- Freud, S. “La represión (1915), en *Obras completas*, XIV, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008)
- Freud, S. “Lo inconciente” (1915), en *Obras completas*, XIV, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008)
- Freud, S. *Panorama de las neurosis de transferencia*, (1916) trad. Andreas Ilg (México: Siglo XXI, 2016)
- Freud, S. “De la historia de una neurosis infantil” (1918), en *Obras completas*, XVII, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008)
- Freud, S. “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), en *Obras completas*, XVIII, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008)
- Freud, S. “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), en *Obras completas*, XX, trad. José L. Etcheverry (Buenos Aires: Amorrortu, 2008)
- Haeckel, E. *Historia de la creación de los seres orgánicos, segun las leyes naturales* (Madrid: Casa Editorial de Medina, 1878-1879)
- Lacan, J. « Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis » en *Escritos I*, trad. Tomás Segovia (México: Siglo XXI, 2009)
- Levi-Strauss, « La estructura de los mitos » en *Antropología estructural*, trad. Eliseo Verón (Barcelona: Paidós, 1987)
- Smith, W. Robertson. *Lectures on the Religion of the Semites* (London: A. & C. Black, 1894)